



Adolfo Suárez

ENTRE EL QUIEN DE LOS FASCISTAS Y EL QUE DE LOS DEMOCRATAS

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LA sesión plenaria del 30 de mayo del Congreso de los Diputados, que aprobó por amplia mayoría una importante declaración institucional sobre las muy oscuras actividades terroristas del penúltimo fin de semana, es la contra-investidura del actual Gobierno. Superpuestas las dos sesiones, la del 27 de marzo y la del 30 de mayo, son como el anverso y reverso de la presente crisis política. Todos los protagonistas han cambiado sus papeles en menos de dos meses: Adolfo Suárez se apoya en la oposición democrática en lugar de la coalición de neofranquistas, nacionalistas y las dos minorías de izquierda sostienen al presidente del Gobierno en vez de atacarle y Manuel Fraga se lanza a tumba abierta contra lo que defendió a últimos de marzo.

Elo sencillamente quiere decir que la política de centro derecha con la que se inauguró la ceremonia de investidura, una coalición en la que volvían a estar reunidos todos los representantes y herederos del franquismo, apenas ha sido algo más que una flor de primavera. La explosión de la cafetería California, espoleta del penúltimo intento de asalto fascista al proceso democrático, ha acabado por hacerla añicos. El Gobierno,

como en la época constitucional, se mantiene gracias al clarividente apoyo de las fuerzas democráticas. Esto abre ya de un modo oficial lo que era una realidad social: una profunda crisis política.

Expresión de ella es la doble pero distinta interrogante que manejan los fascistas y los demócratas. Para los primeros se trata de buscar al hombre que sustituya al primer presidente constitucional en más de cuarenta años. Se trata de crear la suficiente presión en la calle y en los medios de comunicación, rentabilizando un oscuro terrorismo que debe de tener amplias y muy elevadas tramas negras, para que el Jefe del Estado imponga un presidente anti-constitucional y extraparlamentario. Es decir, un "quién" que abra el camino a la vía dictatorial. De ahí su evidente irritación, bien expresada por el abanico de portavoces periodísticos que reviven emocionados su pasado fascista, ante unas fuerzas democráticas con la suficiente madurez y sensibilidad política para no caer en la trampa de allanar el camino a los "fachas".

Pero no es sólo una cuestión táctica, aparte de defender que cualquier recambio personal o político únicamente es viable desde el Parlamento y la Consti-

tución, sino fundamentalmente estratégica. La cuestión está en la interrogante "qué" si se es demócrata y en la interrogación "quién" si se es fascista descarado o encubierto. Porque el evidente fracaso del centro derecha plantea la ineludible necesidad de encontrar una política de recambio puesto que es prácticamente imposible gobernar con el apoyo coyuntural o alternativo de los demócratas. Como lo es hacerlo con el sostén de unos neofranquistas que en cuanto suena el clarín de la ofensiva fascista no sólo dejan aislado al Gobierno sino que se aprestan a colocarse al frente de ella con palpables intenciones de aspirar a rellenar el "quién" que buscan los enemigos de la democracia.

Sin embargo, como es lógico y natural en una sociedad dividida en clases sociales, el qué hacer no puede ser visto de la misma forma y modo por la derecha que por la izquierda. Aún coincidiendo en el objetivo común, la consolidación de la democracia, ambas fuerzas sociales intentan reafirmar o mejorar sus posiciones en el largo y amplio tablero de la lucha de clases. Y es en ese sentido y dirección que conviene centrar el interés en analizar qué es lo que quiere hacer la derecha dado que tiene sujeta

por la mano firmemente el mango de la sartén socioeconómica. Porque la izquierda sólo puede proponer lo que el Parlamento pocas veces dispone y lo que siempre la derecha recompone a través de su control de los aparatos de Estado.

Dos graves fracasos

Ni que decir tiene que la derecha, nos referimos a la fracción que hoy domina en ese bloque tan heterogéneo, acoge con satisfacción el hundimiento de la política de centro derecha. Recibida con un compás de espera, después de los imprevistos resultados electorales legislativos que rompían la línea de centro izquierda que proyectaban (ver TRIUNFO, febrero), el trimestre transcurrido es ampliamente indicativo de que el espejismo de un gobierno monocolor ha desaparecido de la óptica de la derecha.

La principal señal de alarma sonaba muy pocos días después del 27 de marzo. El pacto municipal entre socialistas y comunistas, consecutivo a una rotunda victoria de la izquierda en los comicios municipales, no sólo quebraba de repente dos años de crónica beligerancia entre las fuerzas populares sino que iniciaba el camino para sucesivos desarrollos de una estrecha política de alianzas entre el PSOE y el PCE. A pesar de las numerosas presiones nacionales e internacionales (II Internacional y Embajada norteamericana) la unidad entre socialistas y comunistas, en el doble plano sindical y municipal, era un hecho que encerraba, además, enormes posibilidades políticas. La amenaza implícita que escondía era un pacto de legislatura entre las dos formaciones democráticas para el desarrollo y consolidación de la democracia.

Paralelamente se inicia lo que en abril pasado denominábamos como control descontrolado de los fascistas que culmina con la reciente ofensiva, ya totalmente descontrolada, contra el proceso democrático. La política de centro derecha, interpretada correctamente por ellos como el primer paso involutivo, incrementaba sus deseos de quemar etapas hacia el fascismo franquista. A la vez que la violenta y dura respuesta del

Adolfo Suárez

Gobierno contra la unidad socialcomunista, en la que se manejaban los clisés o estereotipos frentepopulistas; combinado con la global y sucia campaña antimarxista en las vísperas del congreso socialista, rearmaba ideológicamente a los fascistas que, tras comprobar que su lenguaje era imitado por toda la derecha, arremeten a fondo este penúltimo fin de semana contra la democracia y la misma Monarquía.

El balance no puede ser más desastroso para la derecha democrática: bipolarización social, pérdida del control descontrolado de los "fachas", política de alianzas progresista del PSOE, y, sobre todo, potenciación del Partido Comunista amén de la total incapacidad e impotencia gubernamental. Esta política no puede ser la suya por las presentes posibilidades involutivas que encierra y por las probabilidades progresistas futuras que contiene. De ahí que, incluso antes de los criminales atentados de estos días, desde múltiples ángulos empiecen a darse los primeros pasos en la búsqueda de una nueva política que simultáneamente consolide la democracia y la confine en un determinado marco económico.

Es lo que explica también que la única voz discordante en los generalizados elogios de la burguesía, después del "show" antimarxista de Felipe González, sea la de José María de Arellano. No es que le desagrade la socialdemocratización del PSOE, sino que precisamente por ella intuye que la bofetada de Felipe González a don Carlos Marx se va a transformar en otra fenomenal bofetada contra el conde de Motrico. Porque un experto político como él entiende que con el congreso socialista, al que habrá que volver más de una vez por su extraordinaria importancia, va a tener como consecuencia múltiples carambolas políticas.

El recambio constitucional

No es extraño que Adolfo Suárez, fino político con muy buen olfato, se coloque de hecho al frente de esa nueva política que tiene que pasar necesariamente por algún tipo de

acuerdo con la parte mayoritaria de la izquierda. Así, contra lo que esperaban muchos observadores políticos, no llega al último Pleno del Congreso con un nuevo paquete de medidas antiterroristas —que hubiese contrariado a una izquierda ya ampliamente irritada con el anticonstitucional Decreto de Seguridad Ciudadana— sino que elabora y firma esa especie de Pacto de la Moncloa antiterrorista que es la Declaración Institucional y veinticuatro horas más tarde reprime a Pérez Llorca por sus irresponsables ataques a la izquierda. Cambio de tercio personal, que si es necesario pasará por la eliminación del chivo expiatorio de Fernando Abril Martorell, que es el prólogo de la operación de



La derecha tiene como tarea prioritaria romper o congelar el pacto municipal PSOE-PCE y aplastar en embrión cualquier desarrollo de la unidad entre ambos partidos. En la foto: los socialistas durante su último y polémico congreso.

recambio antes de que otros puedan encabezarla.

Es decir, se ha iniciado lo que el propio presidente del Gobierno denomina como recambio constitucional aludiendo a los hipotéticos cambios de política futuros. Recambio que aún se define solamente por la negación —no al fascismo y a sus aliados parlamentarios— sin poder precisar todavía su propia afirmación. De momento, a nivel parlamentario, se abre una cierta tregua con la izquierda y UCD puede contar con el apoyo de los nacionalistas catalanes y andaluces. Y muy probablemente habrá que esperar a que transcurra el verano para que podamos saber con qué mimbres se va a configurar la nueva política de la derecha. Por ahora, frente a las aspiraciones fascistas se ha roto con Coalición Democrática y frente a quienes especulaban desde la posición democrática con un Fernández Ordóñez o un Antonio Fotán como susti-

tutos en la presidencia del Gobierno, Adolfo Suárez les gana por la mano encabezando ya desde hoy los primeros pasos de la nueva maniobra política de la derecha.

Evidentemente, este recambio va a ir dirigido contra las dos manifestaciones principales de la anterior política. Por un lado, recuperar el control de unos fascistas apretándoles las tuercas sin exagerar puesto que al fin y al cabo son un ejército de reserva, y, por otra parte, dividir a las fuerzas democráticas y obreras. En este sentido es prioritario romper o congelar el pacto municipal PSOE-PCE y aplastar en embrión cualquier desarrollo de la unidad entre socialistas y comunistas. Como mal menor pre-

fiere una izquierda dominada por el PCE, pero aislada políticamente, que una izquierda dominada por el PSOE con un amplio pacto democrático con los comunistas. En síntesis, toda esta previsible operación de golpear compensatoriamente sobre dos frentes pasa por el acceso al Gobierno de los socialistas o por su apoyo parlamentario.

Al igual que en la primavera de 1976, después de constatar el fracaso de la experiencia centro derechista Arias-Fraga, la derecha insistía sobre todo en romper Coordinación Democrática para lograr el apoyo a la política de recambio de entonces —lo que consiguió ampliamente— ahora todos los tiros van destinados a romper la actual unidad democrática plasmada en la unidad PSOE-PCE. Dicho de un modo más crudo, la burguesía necesita imperiosamente de los socialistas para poder efectuar con el mínimo coste político y social su presente po-

lítica de recambio. Sin la rueda socialista no marcharía esta operación.

Pieza clave en este intento divisorio de las fuerzas populares sería la introducción de la dialéctica anticomunista en el seno del movimiento democrático. No se trataría ya de una crítica sobre aspectos organizativos o políticos del PCE sino de una campaña política que sirviese como cortina de humo para resolver los problemas de los fascistas a los que antes aludíamos, crear una diferencia artificial y exportada en el mundo laboral y político a la vez que facilitase la integración de España en la OTAN dada las urgentes prisas de los norteamericanos (no se olvide que la simple actitud contraria del PSOE no sería ningún problema en una votación meramente parlamentaria si no va acompañada de la exigencia de un referéndum nacional). No deja de ser particularmente alarmante y sintomático que en las dos últimas semanas hayan coincidido en manifestaciones anticomunistas de un tipo o de otro Blas Piñar, Manuel Fraga (graves calumnias contra Francisco Romero Marín), Rafael Arias Salgado (acusaciones de desestabilización a Santiago Carrillo) y Felipe González (insultando como criptocomunistas a los marxistas del PSOE) amén de los profesionales del anticomunismo a sueldo de algún Ministerio (según noticia del diario "El Imparcial" no desmentida por los propios interesados) que han centrado su artillería en un huésped extranjero o en las Embajadas de los países del Este.

Es en todo este contexto que se va a celebrar el próximo Congreso Socialista y es esta operación política la que se esconde tras la nada bizantina discusión sobre el marxismo. Los socialistas no sólo van a tener que reafirmar o rectificar su ideología marxista, aprobada por las dos terceras partes del PSOE, sino que paralelamente esta reafirmación consagrará la unidad de la izquierda y del conjunto de las fuerzas democráticas o esta rectificación iniciaría la división de las fuerzas democráticas y obreras. Elección nada baladí. Pues en España los dos obstáculos mayores a la consolidación de la democracia son el terrorismo y las maniobras de división de la izquierda y demás fuerzas democráticas. ■